

La realidad de la Catequesis en los 100 números de SINITE

JOSE ANTONIO WARLETTA

No es tarea fácil hacer, en tan poco espacio disponible, una síntesis, aun precaria y apresurada, de todo el contenido que sobre la Catequesis ha ido ofreciéndonos SINITE en sus cien números de andadura. Tampoco era cuestión de presentar una simple y escueta relación alfabética o cronológica de todos los trabajos aparecidos sobre el tema, que, por otro lado, se ofrece en otro apartado de este número. Intentaremos aquí destacar los principales ámbitos de aportación que la revista ha hecho en esta primera parte de sus historia sobre todo lo concerniente a la Catequesis, deteniéndonos, en todo caso, en algunos puntos significativos por el propio contenido o por su referencia a especiales acontecimientos eclesiales.

Qué ha pasado en estos años

Estos más de treinta años de SINITE han supuesto, sin lugar a dudas, un período de profundas transformaciones en todos los órdenes, de las que la Catequesis no se evade. SINITE nace precisamente en la esperanzadora etapa preconciliar y con «ese fervor especial hacia el gran acontecimiento ecuménico que se está iniciando» expresa tal esperanza la revista en 1962 (p. 282). De esos tiempos de esperanza a los «tiempos de inclemencia» que dice Carlos Díaz en el 85, la Catequesis ha vivido unos

fenómenos de transformación y de búsqueda, que han quedado plasmados en estas páginas que ahora comentamos. Entre los elementos más destacados de estos cambios, encontramos los siguientes (E. GARCIA AHUMADA, 1983, p. 267-276):

- nuevos destinatarios (adultos, jóvenes, ...)
- nuevos responsables: protagonismo de los laicos
- renovación del mensaje: bíblico
teológico
espiritual
- nuevo lenguaje: profético
experiencial
bíblico
litúrgico
audiovisual...
- nuevos procedimientos, nuevos métodos
- nuevo concepto de la Catequesis.

Esto supone o, al menos, detecta, una serie de *desplazamientos* de la Catequesis en estos treinta años motivados por los cambios ocurridos:

- en el contexto sociocultural (nuevos modos de vivir la fe)
- en el entorno eclesial (visicitudes y cambios)
- y en los propios implicados en la Catequesis. (V. AYEL, 1980, p. 134-154)

«El paisaje de la Catequesis ha cambiado mucho durante las últimas décadas; también han cambiado bastantes cosas en la iglesia y en el mundo. La roca de la estabilidad, el instrumento pastoral de la permanencia de la fe ha comenzado a desplazarse curiosamente. Porque se trata de algo que va mucho más allá de un agradable y fácil juego de palabras: ¡La Catequesis se ha desplazado tanto que ciertos cristianos y tales o cuales catequistas han quedado inmovilizados por una especie de parálisis o de estupefacción! La perplejidad, el desconcierto o el desánimo que han sucedido, a veces, a las excitaciones de la febrili-

dad, se explican porque han desaparecido ciertos puntos de referencia familiares. No se sabe dónde se está. Se han producido considerables desplazamientos de terreno; las señales indicadoras que mostraban la dirección a seguir y las tareas que cumplir han sido modificadas y con frecuencia suprimidas, las conexiones de las vecindades que aseguraban, relajadas o quebradas, no funcionan como antes.

En la efervescencia postconciliar la Catequesis sólo puede desarrollarse en la falta de confort... No sólo porque — como acabamos de verlo— su campo de acción está conociendo importantes desplazamientos; también y sobre todo a causa de lo que sucede al contenido mismo de la Catequesis —o, por lo menos, a las representaciones que nos hacemos—, porque, en cierto sentido, ¡es cierto que la fe no cambia!

- 1) El fin perseguido, que consiste en despertar y en educar la fe, ya no puede enunciarse en los mismos términos.
- 2) La noción de ortodoxia doctrinal está expuesta a las compresiones —y a las incompresiones—, cuya variabilidad complica singularmente la tarea de los catequistas.
- 3) La regulación doctrinal de la Catequesis por las fórmulas dogmáticas oficiales y también por la teología o por los teólogos, confundidas fácilmente con los dogmas, ya no funciona con la misma seguridad frente a los automatismos simples a los que estábamos habituados».

V. AYEL (1980, p. 134-154)

De una fase *kerigmática* (Nimega), se ha pasado a otra *antropológica* (Erchstatt) para abocar en los planteamientos más en la línea *política* (Medellín), que ha caracterizado la acción pastoral de los años 70 y 80, fundamentalmente en América Latina. SINITE ha sabido reflejar todo este proceso, aprovechando

el esfuerzo de reflexión y el trabajo en equipo realizado desde el Instituto «San Pío X» durante todos estos años.

El mismo conflictivo diálogo entre fe-cultura-modernidad, que alternativamente ha ido viviendo situaciones opuestas, entre la confusión de límites y el divorcio, y que condiciona de modo especial la acción catequética en cuanto a sus planteamientos, sus contenidos o sus lenguajes, ha sido objeto de reflexión desde estas páginas, tanto desde el discurso como desde la propuesta concreta de trabajo catequético (ver n.º 74, monográfico sobre el tema). SINITE, igualmente, se ha hecho eco y comentario de los diversos acontecimientos eclesiales que en estos tres decenios largos han tenido relevancia para la Catequesis. Ya hemos aludido al Concilio Vaticano II, iniciado casi al mismo tiempo que nuestra revista. Aunque el Concilio no dedicó ningún documento específico al tema de la Catequesis, sin embargo hay elementos básicos para la misma que adquieren una nueva dimensión en los documentos conciliares (*Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes*, *Sacrosantum Concilium* y, sobre todo, *Dei Verbum*). Algunas de las implicaciones catequísticas que estos documentos aportan:

- La revelación de Dios se actualiza en las realidades históricas.
- La revelación se centra en Jesús de Nazaret.
- Importancia de la adhesión del catequizando al Evangelio del Reino.
- Desarrollo de la expresión de la fe, a través de lenguajes creativos y significativos.
- Importancia de la comunidad en la acción catequística.
- La Catequesis ha de partir de la experiencia humana.
- Catequesis encarnada en las realidades históricas y sociales.
- Una Catequesis que lleve a la transformación de la sociedad (compromiso).

Otro hito importante en la historia reciente de la Catequesis fue la aparición de la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Catechesi Tradendae*, en 1979. Ya en su momento la revista

ofreció elementos para la lectura de este documento catequístico. Sobre el propio concepto de Catequesis, se indicaba que:

«Juan Pablo II no ha querido definir de una vez por todas la Catequesis. Pero a lo largo de su exhortación apostólica se observa que la entiende como un anuncio explicado, como un ayudar a creer, como educación e instrucción, como construcción del Cuerpo de Cristo, como un llevar a la comunión con Cristo, como una comunicación del misterio de Cristo, un enseñar con la propia vida, una iniciación y formación en la vida cristiana, una educación de la fe permanente, progresiva y ordenada, como parte de la evangelización, como educación del discípulo de Jesucristo por el conocimiento más profundo y orgánico de su persona y de su mensaje, como un suscitar continuamente la fe con ayuda de la gracia, como un hacer crecer el germen de la fe bautismal sembrado por el Espíritu Santo, como enseñanza sistemática y elemental, orgánica y bastante completa, no improvisada y abierta a todas las esferas de la vida cristiana, como integración consciente a la comunidad eclesial y a la acción responsable del servicio al mundo». «Este sentido amplio de la Catequesis no contradice, sino que incluye desbordándolo, el sentido estricto al que por lo común se atienden las exposiciones didácticas: la simple enseñanza de las fórmulas que expresan la fe».

Posteriormente, precisamente para conmemorar el 10.º aniversario del documento pontificio, SINITE dedicó un número especial (n.º 92, 1989) sobre su significación en la historia del pensamiento catequético desde el magisterio, su planteamiento catequético y sus diversas dimensiones de lectura: teológica, antropológica, social, así como sus implicaciones en los distintos ámbitos de la Catequesis.

También otros documentos catequéticos, en especial los diversos *Directorios catequéticos*, han sido objeto de presentación, estudio y comentario por parte de la revista en estos años. (Véase, especialmente, el trabajo de G. RUMMERY en el n.º 65, 1980, p. 326-350).

Finalmente, diversos y enriquecedores acontecimientos catequísticos que han tenido lugar en estas décadas han ido quedando reflejados adecuadamente en las páginas que comentamos. Baste citar los diversos *Congresos internacionales de Catequesis*, Simposios Internacionales o de ámbito nacional, Jornadas Nacionales de Catequesis, Encuentros de la Comisión Europea de Catequesis, documentos emanados por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis y, por la vinculación más directa que tienen con la revista, las *Jornadas de Pastoral Educativa* que anualmente organiza el Instituto «San Pío X».

El propio concepto de Catequesis

Ya se ha señalado más arriba el proceso evolutivo que este concepto ha ido teniendo en estos últimos años. Y un esfuerzo destacable de SINITE ha sido y es el de aportar elementos de reflexión que ayuden a clarificar y enriquecer dicho concepto, tanto desde la precisión del término, como desde las relaciones de la Catequesis con otros ámbitos, como la Teología, la Antropología o la acción global de la Iglesia. Esto ha podido, incluso, demandar una revisión crítica de los itinerarios habituales de la Catequesis, hasta sentarla «en el banquillo» (J. COLOM, 1971): sus métodos, su contenido, el tipo de fe al que apunta, su lenguaje, sus destinatarios. Se precisan sus leyes de acción, así como sus dimensiones antropocéntricas (MAYMI, 1969), profética (P. GIL, 1988, 223-246), bíblica (A.M. ARTOLA, 1969), eclesial (A. LIEGE, 1962), liberadora (MAYMI, 1976, 393-424), experiencial (L. VARELA, 1975) ecuménica (C. GARCIA CORTES, 1982, 71-80), pedagógica (RUBERTE, 1975). Se camina de un modelo tradicional de Catequesis, escribe J.M. ESTEPA en 1972, hacia la configuración de un nuevo modelo que responda a exigencias también nuevas. Una Catequesis que, siendo fiel a la verdad del Mensaje, reinterprete permanentemente el Evangelio de acuerdo con las diversas situaciones sociales, diversas culturas, diversas etapas vitales; que acepte abiertamente el fenómeno del devenir histórico y social (mucho más en el período histórico en que vivimos); que promo-

cione a la persona; que equilibre las dimensiones individual y comunitaria del hombre, y que dé respuesta a la «crisis de las finalidades» que padece el hombre de hoy.

Con motivo de la publicación del libro *Pedagogía de la Fe*, de J.J. RODRIGUEZ MEDINA, colaborador habitual de estas páginas, V.M.^a. PEDROSA propone reflexiones a propósito de lo que es el subtítulo del libro en cuestión: «Situación y contenidos de la Catequética hoy» en la línea de una definición de la Catequesis, en «equilibrio entre la Catequesis del anuncio y la Catequesis de la significación o interpretación». Un *equilibrio* que, veinte años después, está aún lejos de haberse conseguido...

Sobre la naturaleza, objetivos y procesos de la Catequesis, a propósito del II Congreso Catequístico Internacional de 1971, se nos ofrecen algunas consideraciones interesantes con vistas a una revitalización de la Catequesis.

- La revelación supone mucho más que la simple comunicación de verdades en fórmulas acomodadas a situaciones diversas; implica que Dios mismo, como persona, se comunica a otras personas.
- La revelación no queda limitada a las comunidades cristianas; es el género humano entero quien recibe la acción universal del Espíritu.
- La educación de la fe procura igualmente un desarrollo humano digno.
- La Catequesis de adultos constituye la forma acabada de la Catequesis; el testimonio de la comunidad adulta es fuente y balance de la Catequesis juvenil.
- Los pequeños grupos constituyen lugar privilegiado para la educación de los adultos y pueden iniciar a niños y jóvenes en la vida cristiana.
- Renovación de la Catequesis sacramental.
- Relación entre Catequesis y Teología, y entre revelación y experiencia.
- Los medios de comunicación social, considerados dentro del contexto de la revelación.

En el número monográfico dedicado en 1976 a Paulo Freire, se nos presentan líneas para una Catequesis liberadora, que marcan, en realidad, el camino que en ese momento va tomando la Catequesis:

- de la Catequesis del anuncio a la Catequesis de la experiencia.
- de lo privado, a lo social y político.
- de la palabra al compromiso.
- de la libertad a la liberación.
- de la integración a la revolución.
- una Catequesis profética, utópica, esperanzadora y comprometida

(MAYMI, 1976, 393-424)

En clave de humor, sobre la significación de la ya citada *Catechesi Tradendae* en el actual momento de la Catequesis, escribe M. MATOS (n.º 92, 1989, 367-379):

Catechesi Tradendae significó en el movimiento catequético lo que en una escuela significan las palmadas del maestro que ponen fin al recreo. Esa era la sensación: el Papa se ha asomado a los catequetos y catequistas, les ha visto enmarañados en las actividades lúdicas, enredados con mil hilos, desarrollando alardes imaginativos y se ha dicho: pongamos orden. Cada cosa en su sitio: la catequesis debe recobrar la calma, ordenarse, recuperar sus verdaderas funciones dejando a otras acciones eclesiales lo que las constituye como tales. No es tarea de la catequesis crear comunidad, ni celebrar la liturgia, ni ordenar la sociedad. Su tarea es la transmisión de la fe. ¡Que se centre en eso!

Catechesi Tradendae no quiere ser ruptura con toda la riqueza acumulada en la vida de la Iglesia por el movimiento catequético anterior a ella, ni declarar superado todo el magisterio sobre la catequesis desarrollado desde el Con-

cilio Vaticano II. La prueba es que se apoya en él sin reticencias. Lo que sí quiere es que ese don precioso del Espíritu a la Iglesia que es la catequesis, al que «las comunidades cristianas a todos los niveles responden con una generosidad y entrega creadora que suscita admiración» (CT, 3), no se pierda en la espesura del bosque, ni se enmarañe en la fértil vegetación que ha producido la siembra del Concilio Vaticano II, sino que recobre su verdadera identidad, limpia de la ganga que se le ha adherido.

Catequesis y escuela

El tema de la educación de la fe en el marco escolar ha sido desde el principio un aspecto de la tarea catequística especialmente tratado desde SINITE, en vinculación con la línea de trabajo y reflexión llevada desde el Instituto Superior «San Pío X».

También, como en otros aspectos de la Catequesis ya señalados, se ha detectado una evolución de conceptos y perspectivas, que han ido plasmando en estas páginas de nuestra revista. Incluso se detecta una inversión de las relaciones catequesis-escuela, que resume V. AYEL (n.º 64, 1980, 134-154): A partir de la renovación catequética de los años 50, la Catequesis, tomando conciencia de su propia especificidad, intenta desmarcarse de una histórica conjunción con la escuela. En esos años, señala AYEL, el movimiento catequético fue «una espina en la conciencia de la escuela católica». Esto motivó una corriente de autocrítica de la escuela, despertando una inquietud real por tomar conciencia de su misión propia y el «carácter propio» de la escuela cristiana. Tras el movimiento crítico a la propia figura de la escuela —I. Illich—, ésta se ha planteado interrogantes sobre su propia existencia y papel en la sociedad. Respecto a ser «lugar» de la Catequesis, la escuela ya no es percibida a partir de esos movimientos como lugar «válido», mucho menos «privilegiado», para la acción catequística, tendiendo ésta a exiliarse del marco escolar y provocando tensiones con los otros ámbitos eclesiales, fundamentalmente la parroquia. Hoy la escuela cristiana hace el esfuerzo para encontrar su lugar,

aún válido y necesario en la maduración de la fe. Probablemente, como también señala AYEL, se ha operado una inversión en las relaciones escuela-catequesis: es la vida escolar la que vendría a encuadrarse y colocarse en el interior del horizonte «englobante» de la Catequesis, no al revés. La misma distinción entre cultura religiosa (dirigida a todos) y la Catequesis (dentro de un proceso personal de opción de fe) ha aportado un elemento de clarificación del cometido (o cometidos plurales) de la escuela en este campo. De todos modos, y en esto ha colaborado ampliamente SINITE a partir de los numerosos artículos dedicados al tema, la escuela tiene las potencialidades, por su propio talante y dedicación, para ayudar a esta presentación globalizante e integradora de la fe. Es interesante a este respecto el número 84 (1987) dedicado de forma monográfica al tema: «Educación de la fe: una experiencia de educación global (catequesis, enseñanza religiosa, educación en los valores)». En esta múltiple línea de acción, siempre con la intencionalidad globalizante señalada, se ha movido la reflexión y las propuestas de trabajo de la revista sobre la Pastoral y Catequesis escolares.

El primer centro de atención ha sido el propio diálogo catequesis-escuela (cfr. G. RUMMERY, 1979, 421-428), tanto desde los planteamientos teóricos como desde las experiencias o la constatación histórica. Se han ofrecido numerosos materiales prácticos para ser utilizados en el marco de la acción catequética escolar.

«¿Cuáles son, pues, las fuerzas de la escuela con respecto a la catequesis? Pienso que hay cinco cosas que la escuela hace realmente bien (o está capacitada para hacer bien), si es el tipo de escuela que toma en serio lo que el mensaje sinodal dice: "Las ansias del joven por la creatividad, la justicia, la libertad y la verdad deben ser el punto de partida de toda actividad educativa".

(i) La escuela ofrece la posibilidad de una reflexión normal y sistemática sobre la vida, desde el punto de vista cristiano católico.

- (ii) La escuela, abriendo al joven a lo heredado, puede ensanchar el potencial intelectual, moral y estético.
- (iii) La escuela puede ofrecer la posibilidad de creatividad y compromiso en la celebración de la Eucaristía.
- (iv) La escuela puede ofrecer posibilidades para enseñar a los jóvenes a rezar, abriéndoles así a la trascendencia.
- (v) La escuela puede ofrecer la posibilidad de comprometer a los jóvenes en el seguimiento del estilo de vida cristiano en lo concerniente al prójimo y a la justicia social.»

(G. RUMMERY)

Los sucesivos planes de estudio que han intentado configurar la escuela en España han tenido, obviamente, una incidencia directa sobre los planteamientos de la Pastoral escolar. El controvertido tema del papel de la enseñanza religiosa dentro de los planes de estudio ha hecho plantearse igualmente el lugar y contenido de la Catequesis escolar, reactualizando en cada caso la controversia sobre los lugares de la Catequesis, aún sin terminar de aclararse.

A lo largo de todos estos años, SINITE apostó por una revitalización de esta acción pastoral y catequística en la escuela. Tanto en el intento de reforma iniciado en los años 70 como el surgido a partir de la reciente LOGSE, ha ido aportando elementos que ayudarán a la acción ciertamente difícil y compleja del catequista en el marco escolar. Desde los planes de la ERE contemplados en el sistema que ahora termina, hasta los nuevos planteamientos de Diseños Curriculares, se ofrecen artículos tanto en la línea de formación religiosa como en perspectiva catequética. Varios números monográficos se han dedicado a estos diferentes aspectos de la acción escolar: «El profesor de religión» (n.º 67, 1981), «la programación religiosa en el ciclo inicial» (n.º 70, 1982), «La perspectiva catequética en el Diseño Curricular Base» «La Enseñanza Religiosa Escolar» (n.º 91, 1989),

...

Un aspecto importante de esta acción pastoral en la escuela (repetimos: que engloba los diversos aspectos arriba señalados) en el que se ha insistido desde las páginas de la revista es la definición, constitución y funcionamiento del *Departamento de educación de la fe*: sus aspectos estructurales y organizativos, y su relación con el «Proyecto de acción pastoral» de la escuela. Aparte de una labor de coordinación interna entre la enseñanza religiosa y la acción pastoral del centro, crea las bases para posibilitar una correcta iniciación cristiana desde la comunidad educativa y fomenta una conciencia crítica en el propio centro.

SINITE se ha hecho eco, igualmente, de diversos documentos surgidos en este período y que aportan elementos de reflexión sobre el papel de la escuela y la Pastoral: «La Catequesis de nuestro tiempo con especial referencia a la catequesis de niños y jóvenes», del Sínodo de los obispos de 1976; «La escuela católica», de la Sda. Congregación para la educación católica (1977) y «La dimensión religiosa de la educación en la escuela católica», de la misma Congregación (1988). A este último documento se le dedicó todo un número monográfico (n.º 89, 1988), sumándose a la invitación que la propia Congregación hacía a «la investigación, estudio y experimentación de cuanto concierne a la dimensión religiosa de la educación en la escuela católica». El arzobispo de Valladolid, Mons. Delicado Baeza introdujo el estudio del documento, que contempló los distintos capítulos del propio documento: Los jóvenes ante la dimensión religiosa de la vida, dimensión religiosa del ambiente, la vida y el trabajo escolares, la enseñanza religiosa escolar y dimensión religiosa de la educación, etc.

La figura del catequista

Con ocasión de la incorporación del Instituto «San Pío X» a la Universidad Pontificia de Salamanca, aparecía un informe en las páginas de la revista que L. VARELA titulaba: «Para inventar el catequista de mañana». Y, en efecto, no es pensable una renovación auténtica de la Catequesis sin comenzar por una

renovación de los catequistas. N. Zevallos, ya en los primeros números (1962, p. 331-342), formulaba la pregunta básica «¿Qué es el catequista?», para analizar los elementos que definen su papel y aseguran su actividad: formación teológica, preparación pedagógica y, sobre todo, la explicitación de un ministerio eclesial al que es llamado/enviado: profeta, testigo y sacerdote. Su acción ministerial le exigirá una triple fidelidad: a Dios, al hombre y a las dinámicas inherentes a la transmisión de la fe.

Sobre el ministerio catequético, perspectiva desde la que se ha movido la revista, nos precisa A. GINEL (1976, p. 351,546), que son servicios de verdadera responsabilidad eclesial que se realizan «sin *concesiones* de nadie para nadie, sino como deber y fruto del Espíritu, sin tener la impresión de que unos roban terreno a otros, sino que unos y otros edifican la única Iglesia que se reúne en torno a la Eucaristía que preside y anima quien ha recibido el ministerio del Orden. Hacia esa Iglesia nos encaminamos». «Muchos catequistas desconocidos hacen Iglesia por todos los rincones de la tierra y de nuestra geografía. Es un *servicio ministerial* no reconocido públicamente como tal que da la impresión de ocasionalidad... Por eso merece la pena reconocer y cargar de sentido eclesial a todo lo que ya existe de manera dispersa».

A todos esos catequistas han querido rendir reconocimiento y servicio las páginas de SINITE. Y el mejor servicio es el de colaborar decididamente a una auténtica y profunda formación para su labor. La formación de los catequistas ha sido un tema repetidamente tratado a lo largo de estos años, ya desde planteamientos genéricos como más específicos y prácticos: papel del catequista en la comunidad, su cometido orientador, el catequista de ambiente rural, formación antropológica, formación bíblica, información sobre diversos centros para la formación de catequistas (Instituto «San Pío X», ISPC de París, el Instituto de Pastoral de la CELAM, el Instituto de Pastoral de la Adolescencia, de Buenos Aires, etc.), ... En definitiva, formar un catequista, en palabras de la propia CELAM (1981, p. 357-366) que sea una persona:

- de fe robusta, que irradie, con coraje, que alimente su fe en la oración, que participe en la vida de la comunidad eclesial, que lea y se actualice constantemente sobre la Biblia y contenidos básicos de Catequesis y metodología...
- que conozca cada vez más y mejor la realidad... y la reflexión que hace la Iglesia en (cada) país...
- con capacidad de escucha, acogida, comunicación, diálogo y animación...
- que sea humilde, y sepa encarnarse en las realidades del pueblo sencillo por fidelidad al hombre en proceso de evangelización;
- con profundo sentido crítico, creatividad, agudeza intelectual y capacidad de reflexión...
- de gran madurez personal para que sepa velar por su propia formación permanente en sintonía con la Iglesia caminante, con el pueblo y con la reflexión teológico-pastoral.

Este es el modelo de catequista por el que SINITE ha apostado y a cuyo servicio ha puesto las páginas en todos estos años.

... y el destinatario

Un gran esfuerzo se ha plasmado en todos estos años por conocer y analizar las circunstancias reales (históricas, antropológicas, sociopolíticas, religiosas...) del hombre de hoy, al que va dirigida la acción de la Catequesis. Y en esta línea de consideración, dos dimensiones se pueden destacar como básicas en el modelo de Catequesis por el que se opta: la experiencia del hombre como punto de partida del proceso catequético (una opción aparentemente de «método», pero que de acuerdo con P. GIL (1979, p. 185-198), «supone ya y ante todo una opción de contenido») y la perspectiva comunitaria de toda presentación del mensaje.

«No hay auténtica catequización si no se llega a expresar realmente y conscientemente la fe que se profesa y si ésta no llega a ser de verdad la significación profunda de

una experiencia de fe plenamente vivida. La expresión, más aún que la experiencia, es algo que debe llevarse a término desde la comunidad y por la comunidad.

Entendemos por expresión de la fe el hecho de la manifestación externa de lo que decimos profesar. Es el gesto, de diferente orden, que indica realmente que se vive en profundidad la experiencia cristiana, que se vive cristianamente. De ahí que experiencia y expresión son realidades recíprocas, vinculantes, mutuamente relacionadas. Que pueden llegar realmente a progresar por una constante superación de la una con relación a la otra.

La comunidad que no expresa su fe, que no reproduce, por ejemplo, el gesto de Jesús en la última cena, con toda su significación para la vida real de la comunidad y de cada persona que la integra, no merece el nombre de tal. El niño, inmerso en esta comunidad, viviendo en su seno o en contacto más o menos directo con ella, expresa su fe, porque lo ha aprendido de ella».

(J. PLANELLA, 1979, p. 71-78)

En cuanto a una Catequesis diferencial, es claro que en la revista, sin obviar una acción catequética con adultos, a la que apunta como objetivo primordial la Catequesis actual, el explícito servicio que se pretende dar a la acción escolar (ver *supra*) ha demanda una mayor atención a la Catequesis de niños, adolescentes y jóvenes.

Al tema de la iniciación catequísticas de los niños se ha dedicado un número monográfico (n.º 83, 1986) sobre «Análisis de la religiosidad y educación e la fe de niños y preadolescentes», como aportación importante para los educadores preocupados en ofrecer los elementos necesarios para un itinerario de fe acoplado al universo infantil (E. PEREZ LANDABURU). Esa acción catequética con niños y preadolescentes será asumida por varias instancias educativas: familia, escuela y comunidad cristiana, espacios privilegiados que permitirán la pro-

gresiva evolución de la religiosidad a esas edades. La integración de estos tres ámbitos, nos señala la revista, creará los elementos necesarios para que la persona evoluciones en su fe de forma equilibrada y armónica.

Entre los grandes momentos catequéticos en la formación religiosa del niño, R. ARTACHO (1979, p. 25-55), nos destaca:

- la iniciación al signo de la cruz.
- la iniciación a la oración.
- la iniciación al evangelio.
- la iniciación a la eucaristía.

Los adolescentes y jóvenes han sido especialmente tratados como destinatarios de la acción catequética. Se destaca el estudio y análisis del itinerario personal de unos y otros en cuanto proceso de madurez religiosa y espiritual. Un aspecto de la Catequesis con adolescentes y jóvenes que ha sido especialmente tratado es el de su implicación en la experiencia eclesial (ver S. MOVILLA, 1984, p. 161-174 y 1985, p. 21-37), así como el de su iniciación en el compromiso cristiano. Precisamente éste fue el tema de las XVI Jornadas de Pastoral Educativa, 1985, cuyas ponencias y conclusiones encontraron espacio en las páginas de revista de ese año (p. 95-98):

El punto de partida de toda acción evangelizadora es la presencia y sensibilización permanente ante la realidad. Necesitamos los animadores y los grupos un esquema para saber hacer la realidad de forma crítico-creyente; sólo así no nos dejaremos manipular por los intereses sociales y encontraremos mejor modo de transformar la realidad socio-histórica desde el proyecto de Jesús.

El compromiso se descubre, madura, discierne, programa y realiza en comunidad de fe y de vida. Esto sólo es posible cuando el grupo se comunica desde la experiencia personal de fe y vida en actitud de búsqueda y disponibilidad. Conversión y discernimiento cristianos son los dos ejes que sostienen el compromiso personal y comunitario.

El compromiso es un proceso que parte de la conversión inicial y termina en la identificación vocacional; pasa por etapas diferentes y progresivas: interés, búsqueda, discernimiento y opción. El testimonio y acción del animador es clave para asegurar el proceso de iniciación al compromiso, graduarle y conducirlo a su término. Los modelos referenciales cristianos deben encarnar «aquí y ahora» al «homo serviens» y suscitar en el joven el interrogante cómo y dónde serviré yo más y mejor a los hombres más necesitados.

La concreción del compromiso se juega en la dialéctica entre los signos de los tiempos y la disponibilidad para cumplir la voluntad de Dios. En esta relación el pobre aparece como el lugar teológico privilegiado para discernir la invitación de Dios y las necesidades urgentes de los hombres.

Las mediaciones —obras e instituciones—, por el lugar en que están y el modo de situarse y funcionar condicionan la lectura de la realidad y el discernimiento del «Kairós» de Dios.

El joven maduro en la fe debe sentirse evangelizador de los otros jóvenes. Los jóvenes marginados, marginales, deficientes, la juventud en paro, los cuasi-analfabetos y los jóvenes no creyentes constituyen la llamada más urgente e importante para que los cristianos demos una respuesta personal que incluye los estudios, la ética profesional, el estilo (uso del dinero, tiempo libre y habilidades) y el estado de vida.

Es urgente que los educadores de la fe clarifiquemos psicopedagógicamente la iniciación al compromiso y distingamos complementariamente las plataformas de evangelización, la convocatoria y el proceso de maduración vocacional. El diálogo fe-cultura, la conexión con los temas de general interés en el mundo juvenil y el acompañamiento personal son elementos olvidados e insustituibles en toda Pastoral Juvenil.

La escuela sigue siendo una plataforma válida de evangelización y catequesis. Su objetivo primordial está en llevar al joven al encuentro con el Misterio de Dios vivo y santo en la liberación solidaria de los más necesitados para que sean Pueblo de Dios en marcha esperanzada hacia la utopía. La identidad cristiana de la escuela pasa por el tipo de hombre en el que educa, el método de enseñanza y las relaciones, en la comunidad educativa. La preocupación de los educadores cristianos deber ser cómo construir el Reino de Dios en la escuela y desde la escuela. La maduración en la fe no se agota en el horario escolar ni se puede plantear al margen del mismo.

La realidad de la Catequesis hoy

La revista SINITE ha querido ser también una ventana a través de la cual el catequista preocupado por su actualización conozca, por un lado, los elementos de la realidad que van a condicionar su labor y a los que como agente de pastoral debe dar respuesta: análisis del contexto social, cultural, antropológico, sociopolítico, etc., de la sociedad, en especial la española, y, por otro, la actualidad catequética, también en España, pero igualmente en América Latina. Estos elementos han podido permitir al lector catequista adecuar su acción pastoral a la situación contextual más apropiada a los destinatarios de su labor, y actualizar su menester con una visión de conjunto que difícilmente podría tener a partir de su acción concreta y localizada. Unas veces han sido estudios amplios sobre la Catequesis en España (a propósito, por ejemplo, de las II Jornadas de Pastoral Educativa, en 1971) o en América Latina (E. GARCIA AHUMADA, 1976, p. 595-600), o un análisis del itinerario que la Catequesis ha experimentado en ese continente desde la Conferencia de Medellín a la de Puebla (G. SAENZ DE UGARTE, 1980, p. 155-184). Otras serán notas o experiencias sobre las necesidades de la Catequesis rural en España o la Catequesis de la infancia en Europa. En todo caso se aportan elementos interesantes que permiten al catequista situarse adecuadamente en un contexto catequético documentado y sugerente.

Un instrumento al servicio del catequista

Utilizamos aquí el concepto «instrumento» en el sentido de «útil de trabajo», que facilite la labor del catequista aportándoles herramientas experimentadas como válidas y eficaces para la labor catequística, elaboradas y propuestas también por catequistas desde su experiencia pastoral.

En unos casos será la exposición de experiencias catequísticas que se han demostrado válidas en un determinado contexto, y que pueden ofrecer a otras personas ideas interesantes o iniciativas creativas, adaptables a una nueva realidad concreta: experiencias de Catequesis familiar, de Pastoral rural, de Catequesis con enfermos, con marginados, con personas discapacitadas, etc.

En otras ocasiones se tratará de la presentación de materiales especialmente concebidos para su utilización pastoral (E. MALVIDO, 1979-80): material «abundante y diverso, trabajado y listo para su aplicación», como leemos en la presentación de algunos de ellos. Especial mención merece el tema de los medios audiovisuales y, en general, los medios de comunicación social, en su relación/aplicación a la Catequesis. Lo que la revista recogía en 1978 (p. 231), a propósito del ciclo de conferencias organizados en el Instituto «San Pío X»:

«La originalidad del ciclo radicaba, sobre todo, en la referencia a la catequesis que se hacía de realidades tan conocidas y apreciadas como son los medios de comunicación social. Estamos acostumbrados a hablar y a oír de los periódicos, de la radio, de la TV..., pero no de su alcance catequístico.

El ciclo ha servido, al menos, para dejar constancia de la única realidad catequística que viven millares y millares de españoles y tomar conciencia de su insuficiencia. Insuficiencia, porque a menudo en vez de catequesis suele ser anti-catequesis lo que llega a nuestros contemporáneos a través de los medios de comunicación social. Insuficiencia, porque adoptamos frecuentemente una postura pasiva ante lo que vemos y leemos».

Puede seguir siendo válido catorce años después, por mucho que insistamos en decir que vivimos en la era del impacto audiovisual. Un año antes, con ocasión de celebrarse en Munich el Encuentro Social sobre «Audiovisuales y evangelización», leemos en la revista (1977, p. 349-377):

No es gratuita la afirmación de que estamos asistiendo al nacimiento de una nueva civilización basada en la comunicación audiovisual. Más bien es un hecho irreversible. Los medios audiovisuales han adquirido una importancia creciente en cuanto a magnitud, intensidad y posibilidades del fenómenos comunicacional entre los hombres.

Como hecho social y como lenguaje actual, tales medios son necesarios para la acción pastoral de la Iglesia. Adaptar el anuncio del Evangelio a esta manera de comunicarse nuestros contemporáneos significa buscar para la Buena Nueva el lenguaje apropiado a nuestro tiempo.

La Iglesia, ciertamente, lo ha hecho a través de los grandes medios de comunicación social. Y lo sigue haciendo.

Sin embargo, la difusión y el progreso de ciertos medios técnicos nuevos, invita a la reconsideración del rol de los medios audiovisuales, no sólo de cara a la comunicación de masas, sino también para el trabajo y la comunicación de pequeños grupos y de pequeñas comunidades. Es lo que comúnmente viene a denominarse «medios grupales», «mini-media», «groups-media» o, simplemente, «medios audiovisuales».

«El hecho de que vivimos en una civilización de la imagen —afirma la *Evangelii Nuntiandi*— debería ciertamente impulsarnos a utilizar, en la transmisión del mensaje evangélico, los medios modernos puestos a disposición por esta civilización» (n.º 42).

Si efectivamente vivimos en esa «civilización audiovisual», también es cierto que la Catequesis ha continuado viviendo si no

totalmente al margen de este tipo de lenguaje, sí en la periferia del mismo.

También en la presentación de materiales útiles para el catequista se puede citar la presentación y comentarios de diversas publicaciones catequísticas, como en el caso de la aparición de distintos catecismos «nacionales» (ver la presentación del «Padre Nuestro», catecismo infantil de la C.E.E.C., 1980, p. 395-411).

Por último, cabe destacar la abultada bibliografía que a lo largo de todos sus números se ha ido presentándose y comentándose.

Un punto de referencia necesario para la Catequesis

Una dosis de necesaria humildad y también de prudencia nos ha llevado a comenzar este artículo advirtiendo la imposibilidad de reflejar, siquiera sumariamente, toda la riqueza de contenido aparecida en estos cien números. Nos hemos limitado a un somero espiguelo de las líneas básicas en torno al complejo mundo de la Catequesis, como indicativo de lo que el catequista o el estudioso del tema catequético podrá encontrar. Lo que sí podemos afirmar con toda propiedad es que SINITE se ha convertido por méritos propios en un punto de referencia obligado para poder conocer en profundidad todo el fenómeno catequístico de estos últimos treinta años. Un simple repaso al índice analítico de los cien números podrá situar al lector y, sobre todo, al investigador, ante todo el elenco de materiales disponibles, que en conjunto le proporcionará un recorrido por esta reciente historia.